



Diario de campo

Notas desde una choza de barro

Por José Córdoba

Por fin he llegado a Yaoundé, en Camerún, después de tres interminables meses de burocracia. Hablando con unos misioneros que entendían inglés he confirmado que esta región es calurosa, húmeda y nublada la mayor parte del año, sobre todo en la temporada de lluvias; hoy no iba a ser una excepción, por suerte ya estaba completamente sudado después de tres días en el tren.

Voy a aprovechar estos días en la capital para hacer turismo y volveré a escribir una vez que me reúna con el pueblo dowayo, en las montañas.

A partir de hoy intentaré poco a poco ir aproximándome a ellos, tomando en la medida de mis posibilidades los transportes interurbanos, y cuando resulte imposible, confiaré en la buena voluntad de los misioneros. Por lo menos con ellos no me siento como un “blanco extraño”, término que utilizó un fulani nada más verme y que el resto de los presentes no tardó en traducirme, para reírse a continuación (supongo que de mí).

Nada de lo que había leído en los escritos de Nigel Barley me resultaba ajeno, ya que todo encajaba a la perfección con cada cosa que descubría y me sucedía.

Me doy cuenta de que a mi llegada me esmeraba en tomar notas de todo y paulatinamente he dejado de hacerlo.



Logro que unos misioneros me lleven hasta mi destino final, la pequeña aldea montañosa donde viven los dowayos, llego de noche y el cielo nocturno, completamente despejado y cuajado de estrellas, me parece absolutamente formidable, nunca pensé que la noche pudiera llegar a ser tan oscura, ni las estrellas tan brillantes.

Zuuldibo, el jefe, me permite pasar la noche en un camastro improvisado en la casa de una de sus esposas, por lo que me parece entender, se ha fugado y regresado con su familia, sin devolver ni una sola res de la dote que el jefe entregó por ella. Por lo que me cuenta su ayudante, es algo que ocurre a menudo.

Tras echar a un murciélago logro dormirme.

Hoy, tras una larga jornada de observación, me encontré de noche compartiendo historias alrededor del fuego con los dowayos. Me propuse, como un acto de humildad y cercanía, contarles anécdotas de mi propia tierra. Empecé con un relato sobre un festival de pueblo en mi Inglaterra natal, donde un hombre intentó atrapar un cerdo engrasado y acabó revolcado en el barro para el deleite de todos. Al principio, las miradas eran de curiosidad, quizás de extrañeza ante mi acento chapurreado en fulani, pero pronto las risas llenaron el aire. Luego, mi ayudante Matthieu, siempre perspicaz, tradujo mis palabras al dowayo, y las carcajadas se multiplicaron, resonando entre las chozas. Al principio, me sentí un poco ridículo, un payaso extranjero, pero luego me invadió una extraña sensación de calidez, de conexión.

La noche avanzó entre relatos, unos más logrados que otros, pero todos ellos recibidos con una generosidad que me sorprendió. Les conté sobre mis intentos fallidos de cocinar una cena decente, mis tropiezos con la burocracia, y hasta mi pánico al descubrir un murciélago en mi habitación. Cada anécdota, por muy sencilla y elemental que fuese, era acogida con gran regocijo por los presentes. Incluso el jefe Zuuldibo, que suele mostrarse reservado, me regaló alguna que otra carcajada. La interacción, tan sencilla y tan humana, ha cambiado algo entre ellos y yo. Me siento más aceptado, menos como un blanco extraño. La risa es igual en todas partes.

Esta noche, al regresar a mi choza, me invadió la sensación de que ya no soy solo un observador, sino un participante en esta historia que se despliega ante mis ojos. Mi presencia ya no es solo un acontecimiento curioso que altera la rutina, sino un elemento más en el entramado de la vida de los dowayos. Algo se ha movido, un umbral se ha cruzado: la relación entre ellos y yo ha cambiado, se ha hecho más cercana. Ya no soy solo un extranjero con una libreta, sino alguien con quien comparten sus risas, y, espero, sus preocupaciones.

La noche es tranquila, y el cielo está despejado para mí, como dirían los dowayos. Y yo me pregunto, ¿estará su cielo despejado? Mañana, será otro día de descubrimientos, y me enfrentaré a ellos, pero ya no lo haré solo como un extraño hombre blanco, sino como alguien que ha compartido sus risas e historias.

No sé cuánto tardará en llegar esta carta a Inglaterra, si la burocracia para los envíos es igual de lenta que para las recepciones, probablemente regrese a casa a tiempo para encontrarlas yo mismo en el buzón.

Esta semana la misión ha recibido nuevos visitantes: un pequeño grupo de misioneros, son jóvenes y llenos de entusiasmo, como los que conocí en Yaoundé. Su llegada ha supuesto un nuevo elemento en mi estudio, una nueva perspectiva desde la cual observar el choque cultural. Me presentaron al padre Thomas, un hombre de rostro amable y una mirada que parecía escrutar más allá de mi apariencia, y a la hermana Agnes, que con su dulzura parecía haber encontrado su propia forma de integrarse en la comunidad, sin necesidad de renunciar a sus propios valores.

Los he observado con interés, preguntándome sobre sus verdaderas motivaciones. Con los misioneros nunca se puede saber si actúan pensando en el bien de los dowayos o buscando evangelizarlos. O ambas.

Su afán por aprender el idioma me recuerda mi propia frustración al intentar descifrar los cuatro tonos del dowayo. Me pregunto si ellos también sufrirán las mismas perplejidades ante las reacciones de los nativos.

He reflexionado sobre el papel de los misioneros en esta tierra. Son una fuerza activa con una presencia que no puede ser ignorada. Su influencia se extiende por toda la comunidad, y sus acciones tienen un impacto perceptible y duradero en la vida de los dowayos. Han puesto en marcha proyectos de educación y salud, sí, pero también han intentado que acepten sus costumbres y lleven a cabo los ritos clásicos del cristianismo, como el bautismo o la eucaristía, en ocasiones sin mucho tacto y con escaso éxito.

Si mi papel como antropólogo es intervenir lo menos posible y actuar como un mero observador, ¿Debería impedir que los misioneros lo hicieran?, ¿Eso se consideraría intervenir? Estoy hecho un lío.

Al caer la tarde, mientras la hermana Agnes me curaba una herida infectada con ungüentos traídos de Europa, me di cuenta de que, aunque físicamente me estaba recuperando poco a poco, la fiebre había hecho estragos en mi estado de ánimo. Me sentí agradecido por su cuidado. Incluso los misioneros, con sus buenas intenciones, son piezas clave en el intrincado puzzle de la vida de cualquier dowayo. Mañana, el trabajo de campo continuará, y los misioneros, con su presencia constante, serán una pieza inevitable de mi estudio.

He intentado acercarme a los dowayos de una manera más personal, pero mi torpeza ha vuelto a hacerse notar. Mi intención era preguntar sobre el uso de las plantas medicinales, pero mi falta de dominio del idioma y de los modales locales llevó a que la conversación se desvaneciera en miradas de incompreensión y sonrisas incómodas. Traté de explicar, pero mis palabras sonaban como un torpe galimatías, un fracaso en toda regla en mi intento por entablar una relación. Los dowayos se mostraron amables, pero su desconcierto era evidente. No logré transmitir mi interés genuino, y me sentí una vez más como un extranjero torpe.

Por la tarde, sin embargo, la comunidad se reunió para celebrar un ritual en el claro del poblado. La danza y la música llenaron el aire con un ritmo hipnótico. Fue una ceremonia colorida y vibrante, donde los cuerpos se movían al compás del tambor, y los cantos resonaban en los corazones. Sentí una necesidad irrefrenable de participar, de dejarme llevar por el momento. Así que me uní a la danza, con torpeza al principio, pero con una determinación creciente. Mis movimientos, poco agraciados, quizás, desataron algunas risas, pero también fueron recibidos con una contagiosa alegría. Me integré al ritmo, y dejé que la música me guiara, participando por fin en una tradición local.

Entre los bailes y los cantos, me encontré con un anciano de rostro sabio y ojos profundos. Su nombre era Zuwah, y su presencia emanaba una serenidad que me atrajo de inmediato. Me miró, no con la misma curiosidad que los demás, sino con una especie de reconocimiento. Al terminar la celebración, nos sentamos juntos y, en un intercambio torpe de palabras en pidgin y dowayo, y entre risas y silencios, compartimos historias, como si la barrera lingüística no existiera. Zuwah me habló de su vida, de sus creencias y de su conexión con la tierra, mientras yo le contaba mis propias experiencias.

Al regresar a mi choza, sentí una nueva sensación de plenitud, de comprensión. Aunque mi intento inicial de conectar con los dowayos por la mañana había sido un fracaso, la ceremonia me había brindado una nueva perspectiva. Un vínculo sutil se había tejido con un miembro de la comunidad, una conexión profunda con un habitante local, que iba mucho más allá de la mera observación antropológica. El ritual había roto las barreras y había revelado un territorio común, un espacio para la comprensión mutua.

He dedicado tiempo a escuchar a los informantes, aquellos dowayos que, con su sabiduría y su paciencia, me ayudan a desentrañar los misterios de su cultura. Al principio, las conversaciones se presentaban lentas y fragmentadas. Sin embargo, tras unas cuantas preguntas, algunas de sus respuestas me resultaron confusas, casi contradictorias, y me puse a buscar las razones de esta discordancia.

El jefe Zuuldibo, siempre dispuesto a colaborar, me guio con paciencia a través del intrincado laberinto de las relaciones de parentesco y los sistemas de creencias. Me explicó cómo la historia de «El apaleamiento de la vieja fulani» estaba relacionada con el proceso de desgranado del mijo, más que con el de la circuncisión, como otros dowayos me habían contado, lo que me hizo plantearme una serie de preguntas. Traté de encajar las distintas piezas, pero entonces Mariyo, la tercera esposa del jefe, soltó una carcajada que interrumpió la conversación.

En un momento de confusión, Mariyo me reveló que algunas de las cosas que me habían contado no eran tan ciertas como parecían. Algunas de las explicaciones que me habían dado eran, en realidad, simplificaciones, interpretaciones subjetivas, o incluso inventos para complacerme. Esta revelación me hizo cabrearme un poco. Mi búsqueda de la verdad, a veces tan obcecada, me había llevado a una serie de conclusiones que ahora resultaban ser, en el mejor de los casos, una versión de la realidad, pero no la realidad misma.

Al parecer, los dowayos se sienten obligados a responder a las preguntas si estas se le formulan directamente, más aún si vienen de alguien que consideran superior a ellos. Si no conocen el tema tratado suelen inventárselo, su concepto de lo que es cierto es muy distinto al nuestro, ellos no consideran que la verdad y la mentira estén a tanta distancia, y tampoco se enfadan si alguien les miente, salvo que se trate de cuestiones importantes. Mentir o inventarse la respuesta en una conversación casual es entendido como un gesto de buena voluntad y se consideraría de mala educación negarse a contestar o mostrarse incapaz.

Metodología

- Mi intención era jugar a un libro de [Nigel Barley](#) llamado “[El antropólogo inocente](#)”.
- He utilizado [Fiction Source to Solo Role \(FS2SR\)](#) para estructurar la creación de las tablas.
- He creado las [tablas adjuntas](#) y posteriormente las he utilizado de diversas formas a lo largo de la partida, pero principalmente como:
 - Método de consulta durante la partida.
 - Generador inicial de las escenas semanales para el diario.
 - Semana 1.
 - 6 1 Acciones - Observar y registrar. ($2d6-1 = 4 + 2 - 1 = 5 < 7$) Fracaso.
 - 6 5 Acciones - Entablar relaciones con los nativos. ($2d6-1 = 2 + 3 - 1 = 4 < 7$) Fracaso.
 - 2 6 Ficción - Trabajo de campo.
 - 7 6 Umbrales - Se produce un cambio en la relación con la comunidad.
 - Semana 2.
 - 6 9 Acciones - Contar historias y anécdotas. ($2d6 = 5 + 6 = 11 \geq 7$) Éxito.
 - 7 6 Umbrales - Se produce un cambio en la relación con la comunidad.
 - Semana 3.
 - 8 8 Personajes - Otros misioneros
 - 5 2 Acontecimientos - La inmersión cultural.
 - 7 3 Umbrales - Se supera una dificultad personal o de salud.
 - Semana 4.
 - 6 5 Acciones - Entablar relaciones con los nativos. ($2d6 = 2 + 3 = 5 < 7$) Fracaso.
 - 6 8 Acciones - Participar en eventos y rituales. ($2d6 = 6 + 5 = 11 \geq 7$) Éxito.
 - 4 5 Sabores - Lo absurdo.
 - 7 2 Umbrales - Se establece una conexión profunda con un habitante local.
 - Semana 5.
 - 8 10 Personajes - Informantes.
 - 7 4 Umbrales - Se desvela un engaño o malentendido.
- El sistema utilizado es el propuesto por [Fiction Source to Solo Role \(FS2SR\)](#).
- La jugabilidad ha consistido en ciclos cortos de:
 - Generación de la semilla semanal utilizando las tablas.
 - Toma de apuntes simples, dirigido mediante las tablas y un arco narrativo básico.
 - Consultas puntuales para determinar lugares, personajes o el resultado de las acciones.
 - Redacción y posterior corrección de textos.

Tablas

2. Ficción

1. Antropología.
2. África.
3. Humor.
4. Choque cultural.
5. Burocracia.
6. Trabajo de campo.

3. Temas

1. Choque cultural vs. adaptación.
2. Conocimiento académico vs. experiencia práctica.
3. Objetividad vs. subjetividad.
4. Lo sagrado vs. lo profano.
5. Aislamiento vs. comunidad.
6. Rigor científico vs. humor.

4. Sabores

1. Humor inglés.
2. Ironía.
3. Aventura.
4. Lo exótico.
5. Burocracia kafkiana.
6. Realismo mágico.
7. Lo absurdo.

5. Acontecimientos

1. Los viajes.
2. La inmersión cultural.
3. Los encuentros con personajes pintorescos.
4. La lucha contra la burocracia.
5. Las enfermedades y otros percances.
6. La búsqueda del conocimiento.

6. Acciones

1. Observar y registrar.
2. Preguntar e investigar.
3. Aprender un nuevo idioma.
4. Navegar por la burocracia.
5. Entablar relaciones con los nativos.
6. Resolver problemas prácticos.
7. Curar y buscar remedios.
8. Participar en eventos y rituales.
9. Contar historias y anécdotas.
10. Reflexionar sobre las experiencias.

Para resolver una acción se lanzan 2d6, se modifica la tirada con un valor que puede ir desde -2 (Una escena negativa o de conflicto) a +2 (Una escena positiva). Si es mayor o igual que 7, se considera un éxito (beneficioso) y en caso contrario un fracaso (perjudicial).

7. Umbrales

1. Se descubre un aspecto de la cultura de los dowayos.

2. Se establece una conexión con un habitante local.
3. Se supera una dificultad personal o de salud.
4. Se desvela un engaño o malentendido.
5. Se adquiere una nueva perspectiva o conocimiento.
6. Se produce un cambio en la relación con la comunidad.

8. Personajes

1. Nigel Barley (el anterior antropólogo).
2. Matthieu (el ayudante).
3. Zuuldibo (el jefe).
4. El viejo de Kpan (el jefe de lluvia).
5. Herbert Brown (el misionero).
6. Mariyo (la esposa del jefe).
7. Funcionarios de la administración local y nacional.
8. Otros misioneros.
9. Curanderos y hechiceros.
10. Informantes.

9. Localizaciones

1. La choza de barro del antropólogo.
2. La aldea dowayo.
3. La misión.
4. El mercado de Poli.
5. La ciudad de Garoua.
6. La carretera.
7. La *préfecture*.
8. Las montañas de Camerún.
9. El despacho del jefe.
10. La escuela.

10. Facciones

1. Los dowayos (pueblo local).
2. Los misioneros (intentan convertir a los dowayos).
3. La administración colonial.
4. Otros antropólogos (con sus propias ideas y métodos).
5. Los fulani (grupo étnico con el que los dowayos tienen interacciones, a veces conflictivas).

11. Principios

1. La importancia de la observación participante.
2. La dificultad de comprender otra cultura.
3. El choque entre la teoría y la práctica.
4. El humor como herramienta.
5. La relatividad cultural.
6. El poder de las relaciones personales.
7. La naturaleza arbitraria de las reglas y burocracias.

12. Giros

1. Un personaje nativo se convierte en un aliado.
2. Se cuestionan las propias creencias y métodos.
3. Un evento inesperado altera la dinámica comunitaria.
4. Se descubre un secreto.